

Peregrinación

CAMUS

Pablo Montoya Campuzano



Tumba de Albert Camus, Cementerio de Lourmarin. Foto: Alejandra Toro



1

“ El deslumbramiento furioso de la luz”, así describe Maupassant una de las impresiones de su viaje a Argelia. En *Bodas* y en *El extranjero* hay mucho de ese encandilamiento que oscila entre la estupefacción y la rabia. Pero no pretendo levantar puentes en donde quizás no sean propicios los terrenos. Nada en común, fuera de esa fascinación por la luz, entre ambos escritores. La del primero, hundida en los riachuelos y praderas de Normandía. Quietamente explayada, la del segundo, en las ruinas de Tipasa. Una fascinación dichosa, situada en medio de la agonía y el éxtasis, al modo en que debieron sentir su particular sed de sol los filósofos naturalistas de la estirpe de Lucrecio. Sin embargo, este vínculo es suficiente para preguntarme ¿qué tipo de luz encontró Camus en Lourmarin? ¿Por qué quiso vivir en su dominio y arrullar la nostalgia por esas tierras fronterizas en donde había nacido?

En el Mediodía francés, Maupassant buscó alivio antes de sumergirse por siempre en sus últimas alucinaciones perrunas. En los retiros de Antibes, Aix-les-Bains, Plombières, Bagnères y Luchon creyó hallar las bocanadas de la esperanza para un mal que era reacio a cualquier cura. Pero, ¿por qué persiste la sombra del cuentista en este itinerario? Repito que nada tiene que ver la personalidad alterada de Maupassant con la mundana sobriedad del exponente del absurdo. Definitivamente me alejo del favorito de Flaubert. Lo dejo en el momento en que le ponen la camisa de los extraviados en Cannes. En ese instante en que lo montan en el coche que lo llevará a París, a la clínica del doctor Blanche, en donde jamás sanaron los artistas. Y me dispongo, con Alejandra, a recorrer Marsella. La primera estación de un periplo que tiene como fin visitar los parajes en donde Camus logró sentirse si no curado, al menos sereno ante el inevitable malestar del mundo.

Marsella es luminosa y sucia. Y esta mezcla la hace sugestivamente camusiana. Aquí debían

llegar los árabes que tenían, por voluntad u obligación, que establecerse en Francia. Y, viceversa, los franceses que partían hacia las ardientes tierras invadidas por el imperio. Lugar que significó para Camus, en algunos instantes de su vida, la puerta de entrada al país del que complejamente formaba parte. A Meursault le proponen un trabajo en esta ciudad. Y él no lo rechaza, pero lo menosprecia por reconocer que aquí no encontrará nada de lo que busca. Pero habría que preguntarse si el protagonista de *El extranjero* realmente busca algo. Oscila, más bien, entre una suerte de abulia y una ondeante necesidad de satisfacer sus sentidos. El gran sibarita desdeñoso de la literatura francesa lo que persigue es el encandilamiento de la luz. Un encandilamiento que encuentra y va a alienarlo momentáneamente. Un fogonazo, como una obcecación confusa, que lo convierte, sin que él y el lector lo esperen, en un asesino temible. Un personaje que rompe el equilibrio de una vida humana sin sentir arrepentimiento y se hunde, poco antes de ser ajusticiado, en poéticos abrazos con las estrellas. Robbe-Grillet, a propósito, plantea algo que siempre me ha parecido ingenioso y cínico al mismo tiempo: Meursault dispara porque la luz le congestiona los pensamientos. Así, la luz balsámica de *Bodas* se metamorfosea en la luz deletérea de *El extranjero*. Empero, con esta anotación, tan típica del *nouveau roman*, se pasaba por alto el contexto ideológico de este asesinato literario. Y es que durante muchos años la crítica francesa olvidó que el victimario era un francés sagaz con apellido y la víctima, un árabe anónimo y medio bruto.

¡Cuidado, Marsella está llena de ladrones!, nos habían advertido algunos amigos en París. Y la verdad es que mientras íbamos tras el Viejo Puerto mirábamos todo con prevención. Pero las calles y sus gentes, embargadas de movimientos espontáneos, nos fueron desalojando de la incurable desconfianza frente a lo lejano que inoculan los parisinos. Sin llegar al extremo de pensar que en la urbe remota de los romanos iba a toparme con

los personajes de *El revés y el derecho*, sentía que en la atmósfera de la ciudad había algo que debía Hermanarla con Argel. La calle que recorrimos se llama Aix. Está atravesada de tiendas y restaurantes donde la impronta árabe es ostensible. A uno de ellos, Le Kantaoui, entramos a almorzar. La decoración del sitio manifestaba un prosaísmo popular. Todos los lugares comunes del exotismo orientalista —la pipa y el té, el desierto y la fuente, los turbantes y los camellos— estaban colgados en las paredes azules. La mano del pintor o del artesano, pues había también tapices con los usuales trazados geométricos de las mezquitas, era torpe. Pero una música de ney y un canto sinuoso sonaban, y Alejandra, que tiene en sus facciones tanto de las bellas féminas de allá, movía para mí, y sin que se diera cuenta el joven que nos atendía, los hombros y el vientre. Nos sentamos, dueños de ese entusiasmo sin mácula que prodigan los viajes apenas iniciados, y pedimos un cuscús. Qué otro plato podríamos comer. El cuscús que, sin preámbulos, como esa música que se expandía en el sitio, nos comunicó con la esencia del mundo musulmán. El mesero hablaba un francés que a duras penas comprendíamos. Pero su dulzura tímida de adolescente y su sosiego bonachón eran tan irrefutables que nos reconciliamos de inmediato con el lugar.

Fue entonces, al pagar la cuenta, cuando encontré uno de los temas más polémicos que suscita la obra de Camus. Junto a la caja había un pequeño recipiente. Encima de él, un letrero invitaba al comensal a solidarizarse con la causa palestina. En el afiche sobresalía la palabra Gaza y unas fotografías de niños, viejos y mujeres masacrados mostraban la dimensión de la injusticia. Sin vacilar, introduje en ella algunas monedas. Supuse que este tipo de restaurantes era el que frecuentaba Camus en Argel. Conjeturé que en su árabe maltrecho gustaba compartir saludos con los hombres creyentes de Alá. Pero también imaginé la cara que pondría Camus frente a estas solicitudes de la solidaridad internacional. La pregunta no es fortuita sabiendo que su actitud frente a las luchas por la liberación de Argelia estuvo zanjada por el ardor de ciertas consideraciones. Cuando una parte de la intelectualidad francesa de su época atacó las posturas imperialistas de Francia y denunció los abusos de su colonización

espuria, Camus defendió una postura que, pasado el tiempo, resulta acaso comprensible para él y sus seguidores incondicionales.

Yo, en cierta medida, he sido un incondicional de Camus. Su defensa de la inteligencia como escudo que protege del odio y las pasiones de la intolerancia es mi defensa. Comparto su crítica del comunismo estalinista, ese “socialismo mistificado”; y, en la polémica con Sartre, me acojo a la lúcida desconfianza del uno y no al bizco sectarismo del otro. Lo acompañe en su concepción del artista solitario y solidario. Como a él, siempre me despiertan simpatía los vencidos y no los vencedores. Con él, y no con Marx ni con Lenin, fue que aprendí que es necesario ser primero rebelde que revolucionario. Pero, ante su posición frente a Argelia, retrocedo con desconfianza. Quizás porque mi conciencia es la de un latinoamericano, es decir, la de un colonizado. Y resulta espinoso introducirme en el molde de una mentalidad sesgada por un imperialismo de tintes moralistas. La verdad es que el Camus que propuso una colonización asociada a pautas civilizadas me parece complicado. Sé que él, más que nadie en su época, denunció las equivocaciones de la administración colonial francesa. Basta leer las crónicas que conforman “Miseria de Kabilia”, escritas en 1939, para darse cuenta de lo que él pedía para los menesterosos de ese lado del planeta. Sé, además, que en sus motivos, más personales que históricos, Camus ponía a su madre por encima de la justicia. O, como lo plantea Alain Finkielkraut, que en lugar del progresismo y su apoyo a las luchas contra el colonialismo, Camus optó por la fidelidad y el afecto a esa mujer que representaba la mayor grandeza en medio de la miseria del mundo. Sé, igualmente, que en el fondo del alegato estaba su preocupación por la defensa de los civiles inocentes que, como suele suceder en esos trances sociales, caían en el centro desquiciado de las desavenencias. Pero siempre que abordo la espesa relación entre Francia y Argelia en esos años, concluyo que la posición de Camus confundía el puesto que la infancia de un poeta y sus respectivos instantes de epifanía afectiva ocupan en la historia convulsa de los derechos reclamados por una colectividad sometida. Por supuesto, estoy de acuerdo con la celebración de Camus, en *El primer hombre*, de esa humanidad humilde, del *piet noir*

pobre y analfabeta, que no estaba en el mismo redil de los voraces intereses de los terratenientes franceses, y que sufría, como el mismo árabe dominado, la infamia de la historia. Reconozco, mejor dicho, que el ámbito de los amores familiares es valioso y alimenta formidablemente el universo ficcional de un escritor. Pero creo que no puede ponerse por encima de los principios de justicia social que exige un pueblo invadido y saqueado sistemáticamente por otro.

No hay que olvidar, por otra parte, que el ascenso de Camus en la literatura y su aceptación por parte de la metrópoli corrió paralelo a la paulatina comprensión de su ser francés. Este se consolidó durante los años en que militó con la Resistencia. Particularmente en 1943, en las *Cartas a un amigo alemán*, cuando Camus afirma que Francia es su patria. Una patria digna de ser amada y defendida por los valores libertarios que encarna. No obstante, es necio creer que esa Francia, la nación justa, libre y fraternal que enarbolaba Camus para el mundo, fuera la misma que estuvo implicada en las torturas y sevicias que la administración colonial infligió a quienes apoyaban la liberación argelina. Lo que sucedía es que allá estaban su madre, su familia, algunos de sus amigos más queridos. Y estaba el manantial de la luz mediterránea. Lo que hacía que para el escritor ese país fuera, tal como lo dice en su “Pequeña guía para ciudades del pasado”, su patria verdadera. Por tal razón, la pelea de Camus, y los principios humanitarios que defendió en los años de la guerra de Argelia, son de índole subjetiva y están nimbados de un espíritu sospechosamente reaccionario.

2

Al salir del restaurante, Alejandra me preguntó si Camus hubiera echado monedas en una alcancía de semejante talante. Sin vacilar dije que no. Le comenté que el árabe en Camus es inenarrable y, si lo es, como lo explica Edward Said, aparece emborronado y lejano. Añadí que Camus asociaba toda lucha de liberación nacional árabe con fundamentalismo islámico. Y, en este sentido, si

París había sido siempre, por el gris perpetuo de su firmamento y la fauna que integraba sus círculos intelectuales, una geografía desalmada.

Camus viviera hoy, estaría quizás de parte de las políticas antiterroristas comandadas por los poderosos del mundo. O tal vez exagere, y no sería así. Acaso estaría todavía en su retiro del Luberon, guardando aquel silencio que siempre parece ser la mejor orilla a la que los hombres deben arrimarse, sin tomar partido por las víctimas ni por los verdugos. Como si estuviera siguiendo la vieja y actual consigna de su maestro Séneca: “Las

miserias de la vida enseñan el arte del silencio”. O quizás, uno nunca sabe, con su madre sana y salva e instalada en su casa de Lourmarin, Camus hubiera terminado por denunciar los intereses racistas de la administración

colonial y por aceptar la definitiva liberación de Argelia. También dije que Palestina estaría para él, suponiendo que aún viviera, en manos de locos rabiosos. Y, en esta perspectiva, creo que no hubiera comprendido a Mahmoud Darwish cuando dice que su poesía viene de un país donde la relación entre tiempo y lugar se ha roto en mil pedazos, de una patria en la que los niños se han convertido en fantasmas sin voz. Sigo comentando que la solución que daba Camus era sencillamente imposible por ser políticamente inviable. Una convivencia pacífica entre imperio y colonias. Algo así como sucede en ciertas novelas de ciencia ficción, épicas románticas del imperialismo norteamericano, que se vuelven rápidamente *best sellers*. Una Argelia comunitaria y fraterna. Una Francia capaz de reconocer el enorme país del África del norte como entidad administrativa francesa y a sus nativos, trátase de bereberes o árabes, como franceses con los mismos derechos que los de cepa pura. En fin, estábamos en plena guerra con Argelia y en el documento que Camus tituló “Llamado para una tregua civil”, abucheado por miles y aplaudido por pocos, donde se habla de un utópico abrazo entre invasores e invadidos y se exige desesperadamente el respeto a la vida de los civiles inocentes, cuando nos topamos con el mar. Fue entonces cuando sucedió el milagro. Nos olvidamos de las pugnas pretéritas y dije

aquello de que la verdadera patria para Camus no era la lengua francesa y la polémica noción de país justo y libre que defendió, sino esta luz que se desprendía de las aguas y del cielo y tocaba al mundo como si fuera una mano amorosa.

La variedad es lo que sorprendía de esta luminosidad mediterránea. Y el mar era el ondeante reflejo de una gama de diferencias efímeras. Sus matices iban de un verde profundo hasta alcanzar límites oscuros que me recordaban los resplandores de la obsidiana. Pero a la hora del mediodía inició, en algunos lugares próximos a las playas, una suerte de esclarecimiento. De tal modo que el agua se volvió azul zafiro y azul turquesa y azul lapislázuli. El cielo, al contrario, estaba detenido en una tonalidad blanca que era como la extensión de una caricia aún no nombrada. Las montañas, pequeñas, secas, ajenas a los árboles, parecían ser las verdaderas receptoras de la luz. Pensé que la roca es la prolongación de lo líquido, su otra faz. Y que en Marsella, ese diálogo entre tierra árida y aguas desnudas, mediado por la luz, me imponía una especie de sensación paradójica. Exigía la palabra como única forma de definir la impresión presente que otorga todo paisaje. Y, a la vez, aislaba de la historia y sumergía en el silencio que es propio de lo intemporal. Me fue inevitable, entonces, evocar a Tipasa: el epicentro geográfico de la poética camusiana. Aquel en donde el paisaje encuentra su expresión más fidedigna. El de la revelación, la nostalgia y la esperanza. Pero, más allá de esas piedras reveladoras, creo que es la luz quien moldea las estancias claves de la obra de Camus. Ella es la parcela que todo lo absorbe. Está ligada a la patria y a la lengua. Es la que define el dualismo de la tragedia y la belleza. Es como la suprema inspiración y el fin elevado de toda búsqueda. Sostiene su combate contra las fuerzas del mal reflejadas en los sistemas totalitarios. Se enraíza en sus concepciones filosóficas que empiezan con Plotino y San Agustín y culminan con los representantes del existencialismo. El hombre solar que defiende Camus es sencillamente el hombre alimentado por la luz de estos parajes en los que Heráclito en Grecia y René Char en Francia son los dos extremos queridos. Su noción de hombre está tocada por tales fulgores que modelan la justicia y producen la alegría libertaria. En *Los justos*, uno de los personajes es

condenado a vivir en un invierno eterno, como si con ello se estuviera diciendo que la condena verdadera es la nostalgia eterna por los parajes luminosos. La luz es noción metafísica y también estética. Es esa misma que el joven enfermo de tuberculosis descubre en el libro *Las islas* de Jean Grenier, y que busca a lo largo de sus viajes por Grecia, Italia y España. Política e históricamente, es la luz del Mediodía quien debe prevalecer en el combate contra las brumas del norte. Esa luz, incluso, penetra sus concepciones sobre la pintura italiana donde Pietro de la Francesca, Miguel Ángel y Caravaggio son primordiales. Es ella quien impulsa hacia sus amigos en la lucha durante la Resistencia. En este sentido, René Char es el camarada en el arduo camino hacia el sol, el hermano en la esperanza, en la persecución de la belleza y en la lucha por los humillados, el hombre ejemplar que se vuelve poeta y guerrillero al mismo tiempo, “único viviente entre los sobrevivientes”, como lo diría el mismo Camus.

3

En Aix-en-Provence tomamos el bus con destino a Lourmarin. Durante algo más de una hora viajamos por una carretera que iba atravesando pequeños pueblos que no me decían nada, salvo aquello de que era necesario atravesarlos para llegar a la última comarca de Camus. La montaña Santa Victoria nos había dado, desde la lejanía, una bienvenida que parecía ser una preparación sensorial para el encuentro con las colinas del Luberon. Ellas habían encantado al escritor en los años en que, guiado por René Char, buscaba una casa adecuada para el retiro exigido por el nuevo ciclo de su escritura que él mismo llamaba el de la solidaridad y el amor. Y, sin duda, no podía encontrar un mejor guía. Char, oriundo de la región, la conocía como bardo y como combatiente. Era uno de esos hombres “fuertes como cedros y sensibles como pájaros”, muy propios del departamento de Vaucluse. El itinerario de esta búsqueda se puede rastrear en la correspondencia entre ambos escritores. Inicia en una carta de junio de 1947, cuando Camus le pide a su amigo el favor de ayudarlo en la pesquisa, y finaliza en septiembre de 1958, fecha en la que se adquiere la casa de Lourmarin. Es curioso que el establecimiento en Lourmarin haya tomado tantos años, sabiendo que Camus,

en una nota de su carnet de noviembre de 1946, correspondiente a los primeros días que pasó allí, parecía reconocer el sitio urgido para calmar sus tormentos. “Lourmarin —escribe—. Primera noche serena luego de tantos años. La primera estrella encima de Luberon, el enorme silencio, el ciprés cuya extremidad tiembla en el límite de mi fatiga. País solemne y austero, a pesar de su estremecedora belleza”.

La necesidad de hallar este retiro se comprende mejor si se considera lo que París significaba para Camus. Sencillamente era una urbe insufrible. Pero, por otra parte, Camus guardaba la ingenua esperanza de que su madre viniera de Argelia para acomodarse junto a él en un lugar especial de la Provence. París había sido siempre, por el gris perpetuo de su firmamento y la fauna que integraba sus círculos intelectuales, una geografía desalmada. Y con la atribución del Premio Nobel de Literatura, las cosas empeoraron. La ciudad asumió una actitud cada vez más hostil hacia su obra. Las críticas fueron malintencionadas. La caricatura que la revista *Arts* había hecho de él disfrazado de *cowboy* recibiendo el prestigioso premio. El diario semanal *Carrefour* afirmando que el Nobel se había atribuido luego de una larga

conversación entre el jurado de la academia y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. Para Sartre, Camus ya no era “esa admirable conjunción de una persona, una acción y una obra” que había sido durante los años de la Resistencia, sino un “alma rebelde” —para usar la expresión cara con que *Les temps modernes* designaba al autor de *El hombre rebelde*— que dejaba el bando de los miserables para entrar, ataviado de smoking, al tabernáculo de los poderosos. Y, burlesco, Sartre metía la preocupación de Camus por la justicia en el mismo aparador donde estaban arrumados san Vicente de Paúl y el loable ejército de tantas monjas caritativas. Céline había declarado desde su retiro misántropo en Meudon que el laureado era insoportable con su manía de aconsejarle a la gente, como si se tratara de una institución eclesiástica, lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero Céline no importaba demasiado para Camus. Y desde hacía años las críticas que provenían del bando de Sartre ya no le afectaban tanto. Las que tuvieron, en cambio, el privilegio de herirlo fueron aquellas que salieron del lado de sus antiguos amigos de *Combat*. Alain Bosquet lo fustigó en esas mismas páginas donde Camus había escrito las mejores editoriales de una época atroz, de pensador

Viejo puerto de Marsella. Foto: Alejandra Toro



políticamente correcto e inofensivo. Y Pascal Pia, antiguo compañero de luchas revolucionarias, lo trató en *Paris Presse* de santo laico al servicio de un humanismo trasnochado, de escritor clásico pronto momificado por los diccionarios.

El ronroneo del bus nos supo arrullar de tal forma que llegamos al pueblo casi adormecidos. De entrada, Lourmarin nos acogió con una brisa cálida y el canto de las chicharras. Pequeño, dueño de una naturaleza entre agreste y domesticada, y con el castillo renacentista que domina los parajes con sus olivares verdísimos, Lourmarin es un dechado sencillo de callecitas y de casas casi todas solariegas. De hecho, nadie se perdería en Lourmarin. Su trazado no alberga ningún titubeo para los encuentros cotidianos de sus habitantes. Es un pueblo en el que habita la certeza de estar lejos de los bullicios banales y de las asechanzas de la perversidad. Y no me era nada difícil suponer los paseos del escritor por esas callejas sosegadas. Los descansos para tomar un café o una copa de vino en las jornadas duras que le tomó la escritura de *El primer hombre*. Sus salidas a almorzar al Hôtel Ollier. Los saludos, con la sonrisa de dandi que siempre tuvo, a los lugareños orgullosos de que a sus coordenadas hubiera llegado tan distinguido personaje de las letras. Sus visitas al estadio de fútbol, el reino sin exilio, el deporte amado en donde él había aprendido la poca moral que sabía. No me era arduo verlo, mientras rodeábamos el estadio, bromeando con los jóvenes jugadores, comprometiéndose con un apoyo económico para la compra de las nuevas camisetas del equipo. Y yo iba pensando que esas vías estrechas, esas plazas diminutas y ese conjunto de viviendas antiguas habían recibido las últimas ilusiones de un escritor que creía estar naciendo verdaderamente. Que todo lo escrito antes —las tres novelas, los tres libros de ensayo y el libro de cuentos—, no era más que una preparación para que surgiera la obra innegable. Lourmarin debía ser el sitio del cual brotaría, luego de una travesía intensa de más de veinte años, la madurez de la creación artística.

Nos dimos cuenta de que un camino turístico bordeaba el pueblo. Lo tomamos y pasamos por la parte trasera de la casa de Camus. Supimos de ella no porque estuviera señalada por alguna placa o cosa por el estilo. Teníamos una postal

que nos guió en el reconocimiento. Desde afuera, pues ella está habitada por los descendientes del escritor y es imposible conocerla por dentro, vimos el balcón clásico de pequeñas columnatas y la alta ventana desde donde Camus contemplaba las crestas del Luberon, con su espacio forjado de iluminaciones agresivas. Y yo recordaba las palabras que Char le dedica en el libro que los dos quisieron escribir sobre algunos parajes bellos de Vaucluse: “¿Cómo mostrar, sin traicionarlas, las cosas simples dibujadas entre el crepúsculo y el cielo?”. Ambos estaban convencidos de que era a través de las virtudes de una vida obstinada, apurando los días en medio de la muerte y la belleza. Eso, sin duda, había sido Lourmarin y sus alrededores: la posibilidad de encontrar un diálogo esencial entre los árboles y el viento, las piedras y las aguas, las nubes y los hombres. El camino era angosto e inhóspito de arbustos, y las yedras de un verde fulgente asediaban los muros de la casa. Los abejorros nos sobrevolaban para luego precipitarse, raudos, a los dominios donde las flores del estío los esperaban con avidez. En el aire se instalaba, por instantes, un silencio gozoso que aprovechábamos para mirar el paisaje surcado por los olivares del castillo renacentista. Pero esta sensación no duraba mucho porque, de nuevo, arremetían las chicharras y el mundo se volvía como el recipiente cóncavo de su estridencia vertiginosa.

4

La tarde iniciaba cuando buscamos los límites del pueblo en busca del cementerio. Años antes, el 6 de enero de 1960, un pequeño grupo acompañó el féretro donde iba el escritor que había padecido una muerte absurda. Esa que consiste en estrellarse en un carro contra un árbol y a una edad en la que aún todo está por hacerse en el camino de la literatura. Camus, que no amaba los automóviles, que no gustaba de la velocidad, pero que era amigo de uno de esos hombres, Michel Gallimard, que se moría por los carros último modelo y le embriagaban las emociones intensas, murió instantáneamente. El ataúd lo cargaron cuatro aldeanos de Lourmarin. Detrás iban Francine, la esposa de Camus, su gran amigo René Char, Jules Roy, su otro amigo con quien se había distanciado por el conflicto de Argelia, el



Panorama desde Notre-Dame de la Garde

editor Gaston Gallimard y algunos lugareños y miembros del equipo de fútbol del pueblo.

No fue difícil encontrar la tumba. El cementerio es diminuto y un aviso con su flecha nos permitió ubicarnos sin mayor problema. El paraje estaba sin nadie, como corresponde a un camposanto genuino. Pleno de fantasmas sin voz y extraviados en el centro mismo del tiempo. Todo era una melancólica acumulación de mausoleos cuyas cruces intentaban otorgarle un relieve religioso a lo que se fundía en la mudez de la nada. Pero en el mundo de afuera no había silencio, sino una calma murmurante, y nuestros corazones palpitaban acordes a su ritmo. Una brisa fresca nos acariciaba los rostros y esa parecía ser nuestra única gloria y nuestra dicha más íntima. Yo me aferraba a esa emoción y trataba de que durara un poco más porque comprendía que, tal vez, no había mejor modo de homenajear a Camus. Me pregunté entonces, mientras nos acercábamos, cuándo había leído sus libros por vez primera. Y evoqué al muchacho de Medellín, magro y ansioso, que se iba compenetrando, a través de las páginas, con ese hombre extraño que responde a secas y ama sin rodeos la realidad de la piel y desprecia los mecanismos de la historia.

La lápida es severa y dura y las letras con que está marcada respiran el aire de una solemnidad rústica. Hasta en su manera de marcar la muerte, Camus y los suyos eran sobrios y elegantes como los estoicos de antaño. Nos detuvimos frente a ella y guardamos silencio. Me incliné, toqué la piedra y pronuncié el nombre del compañero entrañable de la vida y de los libros. Yo ya no era joven y tenía la misma edad en la que Camus había muerto.

Pero él seguía siendo el maestro y yo el discípulo agradecido. Saqué entonces del bolso mi ejemplar de *Bodas* y leí en voz alta un pasaje de esa reflexión sobre las ruinas y la luz, sobre los pedruscos y las flores, sobre los dioses agónicos y los hombres resplandecientes. “Marchamos al encuentro del amor y el deseo. No buscamos lecciones, ni la amarga filosofía que se le pide a la grandeza. Fuera del sol, los besos y los perfumes silvestres, todo nos parece fútil”. Luego nos sentamos y nos dejamos lamer por el sol. En algún momento, Alejandra me dijo que escuchara. Lo hice y constatamos que las chicharras habían enmudecido. Sólo la brisa poseía la noción del canto y el movimiento de las ramas de la lavanda nos recordó que de su aroma dependía la felicidad que respirábamos. De una de esas plantas azules, que estaban sembradas en la tumba, tomé una espiga y la aspiré. La belleza que buscaba Camus estaba concentrada en ese olor; me dije, y este era la mejor definición de ella. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, recostados en la grama, adormecidos en el interregno escurridizo de lo innombrable, serenos en esa decadencia escueta cuyo privilegio es no creer en nada, absorbiendo la perentoria dimensión del verano en Lourmarin. Luego nos levantamos y salimos. Y, poco a poco, nos integramos a la realidad del regreso. ■

Alfortville, mayo de 2011

Pablo Montoya (Colombia)

Escritor y profesor de literatura de la Universidad de Antioquia. Sus libros más recientes son: *Lejos de Roma* (Alfaguara, 2008), *Sólo una luz de agua*, *Francisco de Asís* y *Giotto* (Tragaluz, 2009) y *Adiós a los próceres* (Grijalbo, 2010).